





El vuelo
el Cirirí

El vuelo del Cirirí

Relatos que sanan II: Voces de líderes y defensores de derechos humanos en Iberoamérica

Proyecto ganador del programa de beneficios para el fomento y fortalecimiento del sector museal del Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación de Medellín, Secretaría de Cultura, 2025.

Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e
Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Subdirección:
Mariana Restrepo Bedoya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Corrección de textos:
Daniela Perrone Martínez

Textos:
Daniela Perrone Martínez
Juan Fernando Jaramillo Montoya
María Clara Ramírez Gómez
Santiago Restrepo Vélez
Sebastián Santamaría Présiga
Yuri Catalina Montoya Cardona

Ilustraciones:
Tania Florez Henao

Diseñador:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: mayo, 2026
ISBN: 978-628-97636-0-7

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

El viento de las montañas bajaba como un animal suave hasta el valle, moviendo las hojas de los cafetales y trayendo consigo un rumor que nunca se extinguía: el rumor de los ausentes. Entre esas montañas vivía Fabiola, una mujer de ojos claros y paso firme, cuyo corazón aprendió a sostenerse entre la ternura y la tormenta. Su hijo, Luis Fernando, había partido una mañana y no regresó. Desde entonces, la casa entera se volvió un espacio hueco: los platos sobre la mesa, el eco de los pasillos, el reloj que parecía avanzar sin rumbo. Cada rincón estaba lleno de la presencia de lo que faltaba, y en la ausencia crecía un silencio que parecía un segundo cuerpo respirando dentro de la casa.

Ese silencio no era vacío, sino un desafío. Fabiola lo sintió como una pregunta que no podía quedarse sin respuesta. El dolor la atravesaba como un río crecido, pero en medio de esa corriente oscura apareció algo más hondo: un llamado, un latido persistente que la empujaba a levantarse cada día. Con ese pulso comenzó su viaje. No fue un viaje con maletas ni mapas, sino con libretas. En ellas anotaba cada palabra que le daban, cada promesa incumplida, cada puerta que se cerraba. Su escritura era un hilo, una costura paciente contra la fractura del olvido.

Había noches en que las paredes parecían cerrarse sobre ella y la memoria de su hijo se le aparecía como una sombra joven, un resplandor fugaz en la penumbra. El tiempo intentaba volverse un enemigo, como si las horas quisieran borrar los rastros, pero ella lo combatía con la tinta y con la constancia. Sus libretas crecieron hasta volverse un bosque: hojas sobre hojas, árboles de palabras alzándose contra la niebla del silencio. Cada fecha era un tronco, cada nombre una raíz, cada anotación un brote nuevo que impedía que la historia se secara.

6



El tiempo quiso doblarla, pero ella se inclinaba como los árboles que saben resistir al viento: nunca se quiebran, solo se curvan para volver a erguirse. En la ciudad decían su nombre con respeto y con asombro: “Ahí va la mujer que insiste”. Y ella, paso a paso, repetía su búsqueda con la constancia del cirirí, ese pájaro mínimo que canta sin descanso hasta que el mundo lo atiende. Cada día era repetición, y en la repetición había una fuerza secreta, como el agua que gotea sobre la roca hasta abrirle un cauce.

Algunos pensaban que era inútil, que su voz se perdería en el laberinto de oficinas, pasillos y escritorios donde siempre respondían con evasivas. Pero ella entendía algo que otros no: que el canto persistente de un pájaro puede taladrar la piedra más dura. Y así fue. Sus libretas, aparentemente frágiles, eran en realidad una fortaleza, un tejido imposible de romper.

Había mañanas en que la esperanza era apenas una chispa escondida en la ceniza. El cansancio se acumulaba como polvo sobre sus hombros, y la incertidumbre se extendía como una sombra interminable. Pero bastaba con abrir uno de sus cuadernos, sentir el peso de las páginas cubiertas de fechas y nombres, para recordar que no estaba sola. Cada palabra era compañía, cada anotación era una raíz que se hundía más hondo en la tierra de la memoria. Escribir era resistir.





La casa de Fabiola se transformó con los años en un bosque de papel. Las paredes guardaban carpetas, las mesas sostenían pilas de documentos, y cada fotografía se volvía ventana. No era un museo frío, sino un santuario vivo donde la memoria respiraba. Quien entraba allí podía sentir que las ausencias no se evaporan; se transforman en preguntas, en huellas, en semillas. Y ella, como guardiana de ese bosque, sabía que un día alguien seguiría los rastros hasta encontrar la raíz.

En las noches, cuando la montaña se llenaba de grillos y la luna dibujaba un sendero de plata sobre los tejados, Fabiola se quedaba mirando el horizonte. Pensaba en su hijo como en un río oculto bajo la tierra: no podía verlo, pero sabía que seguía fluyendo. Y esa certeza era suficiente para no abandonar la búsqueda.

Con el tiempo, su lucha dejó de ser solo suya. Su voz se convirtió en un faro para otras madres, para otras familias que también habían perdido. Llegaban hasta ella con sus silencios cargados, y Fabiola les mostraba sus cuadernos como si fueran lámparas. Entonces entendían que la memoria no es un cuarto cerrado, sino un camino compartido. Y en cada encuentro se encendía un fuego colectivo, una hoguera que resistía contra la noche del olvido.

Los niños que escuchaban hablar de Fabiola no veían en ella a una heroína con capa, sino a una mujer de carne y hueso, con manos gastadas de escribir y ojos que no se cansaban de preguntar. Comprendían que la valentía no siempre ruge, a veces apenas susurra. Que la constancia es un tambor bajo la tierra, marcando el paso de quienes insisten. Y así, poco a poco, la historia de una madre se volvió la historia de todos.





Cuando hablaba, no lo hacía con la dureza de la furia, sino con la insistencia del agua. Sus palabras se repetían, como si fueran ecos del mismo canto. Muchos pensaban que era inútil, que nadie escuchaba, que su voz se perdería. Pero ella entendía algo que otros no: la repetición también es creación. Un canto pequeño, repetido, puede hacer que la piedra ceda, que el muro se agriete, que el silencio se agote.

Fabiola no buscaba ser heroína. Buscaba a su hijo. Pero en esa búsqueda descubrió una verdad más grande: la dignidad no se rinde, la memoria no muere, la ternura puede ser más fuerte que el miedo. Por eso su nombre quedó sembrado en la tierra como un árbol que nadie puede arrancar.



Así permanece Fabiola, como un canto que no cesa, como un hilo que no se rompe, como un árbol que no deja de crecer, aunque la tormenta lo azote. Y cuando alguien pronuncia su nombre, el aire se llena de pájaros, y el eco de su búsqueda se esparce como semillas que germinan en el corazón de quienes escuchan.

Y es entonces cuando el país entero entiende que la historia de Fabiola no es solo la de una madre y su hijo, sino la de un pueblo que se niega a olvidar. Porque cada página escrita en sus libretas es un río que sigue corriendo, cada palabra repetida es una grieta en el muro del silencio, cada gesto suyo es una semilla que florece en la memoria de quienes vienen después.

14



Antes de la lectura

Lo que no se ve, pero se siente

Piensa en algo que no puedas ver, pero sabes que existe:

- Un recuerdo
- Una persona que extrañas
- Un sentimiento

Luego completa:

Eso que no veo es: _____

Sé que existe porque: _____

Cuando pienso en eso, mi cuerpo se siente: _____

Durante la lectura

El canto que insiste

Mientras escuchas el cuento, presta atención a las acciones de Fabiola.

Después completa esta secuencia:

Fabiola no se detiene porque: _____

Ella insiste como si fuera: _____ (puede ser un animal, elemento o imagen)

Si su búsqueda fuera un sonido, sería: _____

Rastros en el papel

Imagina una de las libretas de Fabiola.

Escribe tres cosas que podrían estar en sus páginas:

• Una fecha: _____

• Un nombre: _____

• Una frase importante: _____

Luego responde:

¿Qué pasaría si esas palabras desaparecieran? _____

Luego haz un dibujo o escribe una frase corta sobre ella.

Después de la lectura

Semillas de memoria

Piensa en algo que no debería olvidarse nunca.
Ahora imagina que es una semilla.

Completa:

Esa semilla es: _____

Para que crezca necesita: _____

Si florece, podría convertirse en: _____

Un gesto que resiste

Haz una acción sencilla con tu cuerpo (puede ser repetir un movimiento con la mano, golpear suavemente la mesa, cerrar y abrir el puño).

Luego responde:

• ¿Qué movimiento hiciste? _____

• ¿Qué pasaría si lo repites muchas veces? _____

• ¿Cómo se relaciona eso con la historia de Fabiola?

Nombrar para que exista

Piensa en un nombre, una historia o algo que no quieres que desaparezca.

Completa:

“Yo nombro: _____.”

Después:

- Repítelo en voz alta
- Escucha cómo otros nombran

